

## EL LAVARROPA

Si hay un electrodoméstico del que no puedo prescindir es el lavarropa. Ese instrumento cuadrado, que da vueltas y vueltas y escupe agua quinientas veces hasta que se sacude todo y te devuelve la ropa perfumada, enjuagada, estrujada y lista para ser colgada, se ha convertido en mi mejor aliado.

Pero debo admitir que a veces hasta los mejores aliados te juegan malas pasadas y ese día no fue la excepción, aunque debo decir que no fue totalmente su culpa, esta persona de carne y hueso que se supone lo maneja tuvo bastante intervención en el asunto para que todo se convirtiera en un verdadero caos.

Como todos los sábados, me levanté temprano, metí al lavarropa lo que había que lavar, seleccionado por color como de costumbre, puse el jabón, suavizante y apreté todos los botoncitos indicados para el llenado, el quite de arrugas y todos esos chirimbolos que hacen del lavado una maravilla. Todo fue perfecto hasta que el aparatito cuadrado y ruidoso escupió la primera carga de agua sucia del lavado.

Y ustedes se estarán preguntando - ¡¿Qué pasó!?. Pues que no me había percatado de que la pileta de desagote estaba tapada, por consiguiente cuando se produjo la descarga de no sé cuántos litros de agua en esa piletita, glu-glu-glu, toda la cocina quedó inundada de un líquido sucio y jabonoso.

Claro, debo decir que yo este desastre no lo vi, pues como estos aparatos tienen la virtud de que una vez programados no necesitan de tu supervisión, me había retirado a la quietud de mi dormitorio a leer un libro que me ayudara a seguir disfrutando de mi tan merecido fin de semana. Pues entonces ¿cuándo me di cuenta de que mi cocina estaba como Venecia? Cuando mi cuadrúpedo amigo, mi peludo y divino gato Tomás vino sacudiendo sus patitas empapadas; claro debo aclararles algo: el platito con su alimento estaba en el lugar crítico de la casa, o sea la cocina inundada.

Grande fue mi histeria, cuando tuve que ponerme a secar y el agua se bifurcaba por el living, los dormitorios, menos por donde yo quería que era el baño, donde estaba el otro desagote. Debo aclararles que no soy una mujer calma ante situaciones que perturban mis planes, así que imagínense que de mi boca no salieron palabras poéticas ni mucho menos. Pero como dice el refrán menos la muerte todo tiene solución, logré retirar ese líquido inmundo de mi piso, y pensar de qué manera iba a solucionar la pileta de patio tapada, puesto que sí o sí debía seguir lavando y no podía volver a suceder semejante desborde.

Así que fui a la despensa, compre varias bolsas de soda cáustica, y ahí llegué cual cañista sin experiencia pero diciendo cuánto de difícil tiene echar esas piedritas dentro de la pileta y

luego derramar agua bien caliente, esperar unos minutos y listo... todo desagotado y preparado para seguir con la tarea de lavado.

Ah... ¿creyeron que eso era todo? Pues ¡¡¡¡¡ino!!!!!! Las piedritas las eché, pero de más, puse mucha cantidad para un caño no tan grande, y el agua caliente no fue suficiente y entonces se produjo un tapón de soda cáustica que no solo obstruyó el caño sino que al subir todo el agua a la superficie se me metió por la manguera del lavarropas, que al instante comenzó a hacer un ruido muy raro y mi grito fue ¡la roooooopaaaa! Tarde, no había nada que hacer, mi cocina otra vez llena de agua, pero esta vez imposible de escurrir pues al tocarla con el trapo quemaba mis manos... y mi pobre lavarropas arruinado.

Grité, dije improperios, lloré y ¿Qué hago? Ya sé, lo voy a llamar a Antonio, él es cañista y además mi amigo, así que me tiene que ayudar. Cuando llegó a mi casa y vio el caos que había provocado esta ignota en el tema me dijo: ¿¡qué hiciste ¡!? Y le expliqué. No hubo forma de quitar el tapón de soda caustica del caño, hubo que anularlo, reemplazar toda la cañería y limpiar a fondo mi querido y leal aliado cuadrado, o sea el lavarropas.

No sé cuántas horas estuvimos trabajando codo a codo Antonio y yo, conclusión nos agarró la noche pero todo volvió a su cauce, bueno... todo no, porque mi pobre amigo del caos de mi casa se tuvo que ir al hospital para que le aliviaran el escozor y las quemaduras que le provocó el haber estado trabajando en esas aguas tan ácidas, sus pobres zapatillas quedaron hechas hilachas, comidas totalmente por la soda. Y bueno... todo no se podía solucionar, pero yo quedé feliz por haber recuperado mi pileta de patio, mi cocina y sobre todo a mi lavarropas.

A partir de ese día debo decir que nunca más volví a jugar a ser cañista y descubrí que hay productos más nobles para llegar a la misma solución. Y espero que los que lean esta historia hayan aprendido que si usan soda cáustica, la pongan en cantidades moderadas y sobre todo echen mucha, muchísima agua caliente... al menos que quieran conocer lo que es estar apoyada en agua ácida, y un lavarropas destrozado.